

El Diario

Por Sona

Nadie sabe qué es lo que hace el destino para jugar con nuestras decisiones. No se tiene certeza de cómo te lleva a elegir una opción u otra, cambiando a su antojo tus pasos para reescribirlos una y otra vez. Pero no nos damos cuenta, no le hacemos caso a pesar de todas sus señales. ¿Qué hubiera pasado si, en vez de ir en tren como siempre, aquel joven hubiera elegido ir en autobús a trabajar? Probablemente se habría encontrado con un viejo conocido, habrían tomado un café juntos y, por ese descuido, nuestro hombre hubiera llegado tarde al trabajo. Su amigo, marchándose en dirección contraria, se pondría a divagar sobre esa extraña coincidencia y chocaría sin quererlo con una mujer joven que caminaba de prisa hacia su oficina. Sin disculparse, se habría alejado, y ella seguiría su camino bastante enfadada, recelando de toda la gente que viera pasar. Al llegar a su puesto, se daría cuenta de que el empleado que tenía que presentar un proyecto llegaba tarde por haberse entretenido tomando un café, y así, nuestro protagonista perdería su trabajo.

Pero aquella mañana el hombre joven eligió coger el tren y el destino, caprichoso, le colocó al lado de una bonita muchacha que leía lo que parecía ser un diario con una triqueta celta en la portada. Él empezó a pensar en maneras de atraer su atención; algo le hacía pensar que ése diario le permitiría entablar conversación con ella, conseguir su número y, quizás, quedar. Justo cuando iba a empezar con su plan, el tren paró y la chica se bajó, no sin antes dedicarle una dulce sonrisa. Y dejar el diario en el asiento, justo a su lado.

De inmediato, lo cogió y se levantó rápidamente para alcanzarla. Ella, alarmada por los pasos que se aproximaban a la carrera, se volvió para encontrarse al mismo extraño de antes, el que le había sonreído, que le tendía el diario que estaba leyendo en el tren.

-Te has olvidado esto – dijo él entre jadeos.

- Pero... si ni siquiera es mío- respondió, confusa.- Yo sólo lo encontré al sentarme y lo hojeé durante un rato. Lo siento.

Mientras ella se alejaba, se quedó sentado en la estación, viendo cómo se cerraban las puertas del vagón. Por suerte, todas sus cosas estaban en la oficina, y pronto llegaría

otro tren que le llevaría a su destino. Abrió entonces el diario, y se sumergió entre sus páginas. Allí dentro se encontraba un mar de historias y vivencias que le hicieron recordar los buenos momentos de su propia vida. Y, por primera vez en años, fue capaz de sentir el amor a través de las palabras.

Los días pasaban casi sin darse él cuenta; sólo existía entonces el diario y su contenido, ya un alma propia, que se había abierto camino hasta su corazón. No tenía otra cosa en su pensamiento más que encontrar a la escritora de aquella vida, a la soñadora. Fascinado por la idea, frecuentó durante días el mismo tren y buscó referencias de alguien con ese diario por las distintas estaciones: pero siempre eran personas diferentes, que iban de un lado a otro con él y luego lo dejaban donde lo encontraron. Parecía como si el diario estuviera destinado a vagar por el mundo, de mano en mano, esperando ser retornado a su legítima dueña. Como si tuviera la esperanza de enseñar algo a todo el mundo a través de sus páginas mientras realizaba su eterno viaje.

Al séptimo día, la encontró.

Era una fría mañana y el aliento se condensaba en pequeñas nubecillas que desaparecían rápidamente. Pero, incluso a pesar del frío, nuestro hombre no desistió. Todavía tenía grabada en la mente la frase que le hizo decidirse a buscarla, a emprender él mismo el viaje: *«Y sigo esperándole, aquél que vendrá con el viento del destino»*. La amaba, y no importaba cómo, tenía que encontrarla. Quería conocerla y pasar junto a ella el resto de su vida.

Entonces ocurrió: una luz en una ventana le cegó momentáneamente y, cuando paró, la vio; una joven le hacía señales con su reloj, moviéndolo de manera que el reflejo del sol incidiera sobre él. Al mirarla, vio que dibujaba en el vaho aquél icono celta que aparecía en la portada del diario, una triqueta. Por fin había dado con la soñadora.

Pero cuando fue a subir para entregárselo, ella sonrió y negó. Y al alejarse el tren que se llevaba a quien él había soñado amar, comprendió que el diario debía continuar su viaje, repartiendo la ilusión de ser querido y de dejar huella en alguien. Entendió que debía dejarlo y seguir su propio camino, pues ya sabía qué haría. La esperaría hasta que ella quisiera escribir un capítulo más de su ya inmortal historia.

Aquella mañana, un hombre se alejaba de la estación. En un asiento del andén, un diario aguardaba la llegada de alguien a quien hacer soñar.